

MENGELE ZOO

GERT NYGÅRD SHAUG

MENGELE ZOO

GERT NYGÅRD SHAUG

Traducción de
Pablo Osorio y
Sergio Daroca

Título original:

Mengele Zoo



© De la traducción:

Pablo Osorio y Sergio Daroca

© De esta edición:

Capitán Swing

Nórdica Libros

Primera edición: septiembre de 2020

ISBN: 978-84-18067-74-7

DEPÓSITO LEGAL: M-21606-2020

IBIC: FA

THEMA: FBA

Impreso en España / *Printed in Spain*

Imprenta Cofás

Diseño:

Filo Estudio

Maquetación:

Diego Moreno

Corrección ortotipográfica:

Victoria Parra y Ana Patrón

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Pienso en los días singulares que pasé en la profundidad de las selvas de Venezuela y Brasil; en Tomás, el indígena canaima que por las noches, luego de arrastrar la piragua a tierra firme, relataba con aplomo las historias más increíbles al lado de la fogata. Historias sobre la selva, la gran selva que ahora está a punto de ser destruida.

Recuerdo las numerosas conversaciones en torno a un vaso de ron en el bar Stalingrado en Cumaná, una ciudad pobre de la costa. Ahí todavía circulan teorías sobre el paradero del legendario capitán inglés Percy Fawcett, que desapareció en la selva mientras buscaba culturas antiguas, al sur del río Xingú, hace más de cincuenta años, sin dejar rastro alguno. Fawcett había registrado más de cien tribus indígenas genuinas; de las cuales hoy subsisten, máximo, diez.

La violencia contra la selva y sus habitantes es inconcebible. La realidad es peor de lo que cualquier novela puede transmitir. Y las consecuencias son casi imposibles de entender.

Quiero señalar que, de manera deliberada, he mezclado en este libro los idiomas portugués y español junto con palabras y expresiones locales, para evitar que la atención se concentre en un país o región determinados del continente donde acontece gran parte de la historia. Los nombres de las distintas especies de animales y plantas son auténticos.

Straumen, 22-11-1988
GERT NYGÅRD SHAUG

1

Blanca como la pulpa de coco

El cerro de las Magnolias, situado al sudeste del pueblo, lucía verde dorado bajo el sol del atardecer mientras la brisa húmeda, agradable y casi imperceptible traía consigo el aroma algo amargo de la *canforeira*. En medio de la verde cumbre sobresalían los árboles de jacaranda llenos de flores. Parecían faros de porcelana azul que atraían a todas las aves, desde zopilotes y colibríes, hasta tucanes de picos indiscretos.

Una nube de *statiras* —mariposas azufre, limoneras, o manifestantes—¹ abandonó su refugio tras el potente y fugaz aguacero de la tarde, levantando el vuelo y adentrándose en el pueblo atraída por los intensos aromas del mercado de verduras y flores. Hacía calor y la jungla exhalaba.

—¡Lárgate, ladronzuelo, o invocaré a todos los espíritus obojos y kajimis del bosque para que se metan debajo de tu manta en la noche y envenenen tu cuerpo a mordidas!

¹ Las *statiras*, o limoneras, que es como las llama el autor, son una versión europea y noruega de las *statiras* azufre sudamericanas, que también se llaman, por su costumbre de ir en grandes grupos, manifestantes. (*Todas las notas de la presente edición son de los traductores*).

El delgado vendedor de cocos golpeó con su raído sombrero a un niño descalzo y semidesnudo, que salió disparado como un rayo soltando una carcajada burlona.

Mino Aquiles Portuguesa se escondió detrás del tronco del gran plátano. Tenía seis años, ya había perdido casi todos los dientes de leche y no le tenía ningún miedo al vendedor de cocos. Ninguno de los niños temía al viejo Eusebio el del carrito, a pesar de lo exagerado que agitaba los brazos y lo alto que gritaba cuando los chiquillos se acercaban demasiado a su carrito de cocos. Sabían que en el fondo Eusebio era bueno. En más de una ocasión les había dado un coco entero sin abrir, y no muchos vendedores de cocos regalaban cocos enteros a los niños pobres en el mercado de la plaza.

—¡Minolito! ¡Ven, hemos encontrado algo! —gritó su compañero Lucas.

Mino corrió del árbol hacia unas cajas viejas de verduras apiladas en una esquina del mercado. Lucas, Pepe y Armando hurgaban con un palo en una caja de madera que contenía coles podridas color marrón. Mino echó una mirada al interior de la caja.

—Un sapito —dijo—. ¡Un sapito blanco! Mira, trata de esconderse entre las hojas de col podrida. No le hagas nada, Armando.

Armando, que tenía diez años y ya casi era adulto, soltó el palo y sacó un cordón del bolsillo al que le hizo un nudo muy profesional en la punta.

—Vamos a colgarlo para que los vendedores de cocos se espanten y dejen abandonados sus carritos. Por si ustedes no lo saben, estos sapos son venenosos. Mi abuelo casi muere por tocar uno. —Armando bajó el lazo cuidadosamente sobre la cabeza del sapo y pegó un brusco tirón.

Lucas, Pepe y Mino retrocedieron asustados. El sapo brincaba y golpeaba, pateaba y daba coces con sus largas patas traseras,

y en sus ojos cristalinos se formó una opaca membrana. Armando temblaba de júbilo y reía sonoramente, manteniendo al animal lo más lejos posible del cuerpo. De repente, el sapo realizó un movimiento violento y de manera inesperada terminó golpeando el muslo descubierto de Armando, que lanzó un gemido y soltó al animal. El sapo brincó debajo de las cajas de verduras y desapareció.

En el muslo de Armando se había formado una mancha roja parecida a las quemaduras propiciadas por el arbusto mujar. Lucas, Pepe y Mino miraron la mancha con los ojos bien abiertos, esperando a que en cualquier momento empezara a rezumar y se extendiera del muslo de Armando a la ingle, más arriba sobre la barriga hasta el pecho, y pronto todo Armando fuera a estar bullendo y burbujeando como un rosado lechoncito en la olla sobre el fuego y entonces Armando acabara muriendo.

Todos sabían que los *sapos* blancos eran peligrosos.

Pero la mancha no se expandió y Armando no palideció más. Sus mejillas recuperaron el color muy pronto y los ojos expresaban la misma terquedad de antes.

—Mierda —dijo Armando y pateó la pila de cajas por donde el sapo se había esfumado—. Mierda. Voy a lavarme a la fuente, luego tengo que buscar unas cáscaras de coco grandes y gruesas para llevárselas a casa a Mamá Esmeralda. —Armando corrió como un torbellino entre los comerciantes de verduras y desapareció tras el plátano perseguido por Pepe.

—Seguro se muere esta noche —dijo Lucas tomando a Mino del brazo. Los dos pequeños de seis años asintieron solemnemente.

Mino se acercó con cuidado a la orilla de la selva, sus pies descalzos se hundieron en la lodosa tierra rojiza donde el padre Micondo había intentado plantar taro inútilmente. Los matorrales marchitos se bambolearon abatidos sobre el desnutrido fango de

aquello que apenas podía considerarse tierra. La selva rodeaba al pueblo y un hediondo pantano formaba un cinturón entre esta y la parte de tierra donde era posible cultivar. Pero el padre Macondo nunca se dio por vencido, plantó una y otra vez.

Mino se detuvo y recogió la rama que había caído de un enorme árbol. Su forma de Y era perfecta. De la bolsita de su morral, que parecía una larga salchicha abierta en una de sus puntas, tomó una red para mosquitos, la puso con elegancia sobre las puntas de la rama en forma de Y y, ¡zas!, ya contaba con una perfecta red cazamariposas. Era precisamente aquí, pegado al muro de la selva, donde se encontraban las mariposas más hermosas.

Su padre le había dicho que hoy necesitaba dos mariposas *Morpho* grandes y azules.

Mino pensó en el sapo que había quemado a Armando, que seguramente se encontraba en la cama con fiebre, y puso mucha atención en los lugares donde pisaba, temeroso de que hubiera más sapos blancos escondidos en el fango marrón.

Una enorme mariposa *argante*, color amarillo anaranjado, voló y se detuvo en uno de los taros marchitos. Mino se sabía el nombre de la mayoría de las mariposas que había en la selva, todo lo había aprendido leyendo con su padre el gran libro de las mariposas. Mino se escurrió con cautela hacia el matorral, sujetó la red frente a él y dando un veloz salto la deslizó sobre la mariposa. Oprimió su pecho con sus pequeños dedos bien entrenados, no tan fuerte como para matarla, pero sí lo suficiente para que se desmayara. Luego sacó una cajita de latón de su bolsillo y la encerró ahí, junto a una bolita de algodón mojada en éter. Así murió la mariposa.

Cada vez que salía con la red para atrapar mariposas, Mino se sentía como un cazador. *Era un gran cazador.* Y ninguno de sus amigos podía acompañarlo cuando salía a cazar mariposas para su padre porque en su bolsillo cargaba un arma mortal: una cajita de latón llena de gas venenoso. Cuando iba a salir de cacería, Mino y su papá solían practicar un ritual secreto.

—Minolito —decía su padre, seguido de unas palabras complicadas—: *Acetato de etilo*.

Mino tenía que repetir esas palabras y ambos asentían con un movimiento de cabeza. Después, sin que la madre de Mino se percatara, su padre se deslizaba hacia el cuarto de lavado para hurtar una bola de algodón del cajón más alto de la cómoda. Entonces asentían ambos de nuevo y Mino seguía a su padre al cobertizo. Escondida tras una viga pegada al techo, tan alto que el padre de Mino tenía que subirse a una caja, estaba la botella. La botella con las Gotas de la Muerte. La bolita de algodón era ligeramente humedecida y puesta de inmediato en la cajita metálica de Mino. Tenía poder para matar aún pasadas muchas horas.

Mino alcanzó los primeros árboles de la jungla, y lanzó una vigilante mirada a su alrededor. Para capturar mariposas *Morpho* necesitaba adentrarse en la jungla, allí estaban las hermosas y celestiales mariposas azul metálico. Las mariposas eran difíciles de atrapar. Normalmente volaban alto, demasiado alto para que Mino las alcanzara con su red, pero a veces descendían a los claros de la selva y se posaban en tierra. Todo era cuestión de acercarse con mucho cuidado.

Mino sabía que esa era la mejor hora para atrapar *Morpho*. Ya era tarde, en el transcurso de una hora oscurecería. Y justo a esa hora podría suceder que las *Morpho* descendiesen desde las copas de los árboles como copos azules y brillantes, y se posaran en el suelo. Su padre ganaba diez veces más con una *Morpho* que con una *statira* o una *argante*.

La selva estaba en silencio, húmeda, las hojas marchitas que pisaba Mino desprendían vaho. Justo frente a él salió zumbando un animalito asustado, una pequeña rana o tal vez una iguana verde-cobre. A Mino le gustaba la selva, no le causaban miedo en absoluto la penumbra y el ambiente sofocante bajo los altos árboles, pero nunca se internaba más allá de la distancia que le permitía escuchar los murmullos y gritos de la aldea.

Era un pequeño cazador, un *gran* cazador. Como los obojos y los kajimis lo habían sido cincuenta años atrás. Armando le había contado que ellos usaban flechas envenenadas; él llevaba gas venenoso en su bolsillo. De haber contado con una caja lo suficientemente grande, habría podido atrapar *cerrillos* —pecaríes— y tatús —*armadillos*—, aunque esos animales vivían muy dentro de la selva.

Mino atrapó una *Morpho*, atrapó dos, y justo antes de que oscureciera, atrapó aún una más. Eran más grandes que su mano, aun con las alas plegadas, apenas hubo lugar para ellas en la caja de metal. Su padre le apreciaría como a un gran cazador.

Mino saltó y trotó entre el fango olvidando que ahí podía haber sapos blancos, zigzagueó entre los tomates del señor Gome-
ra y brincó sobre las fértiles mandiocas de la señora Serrata. En seguida llegó al plátano donde había escondido el montón de cáscaras de coco que había juntado de entre los carros de los vendedores por la tarde. Entonces vio de golpe a Mamá Esmeralda, que entraba gimiendo a la plaza ondeando un trapo negro.

Mino entendió entonces que Armando ya había muerto.

Antes de levantar la pala y esparcir un poco de tierra color óxido sobre la caja donde yacía Armando, al fondo de un hoyo, el padre Macondo dijo:

—Los pequeños corazones que repentinamente paran de latir, no paran para Dios. En el cielo seguirán latiendo, y la sangre que bombean brota de alegría como el claro arroyo al lado de la montaña. Armando vive hoy en los enormes salones del reino de los cielos. Ahí no hay llanto, no hay harapos, no hay hambre que muerda los estómagos de los niños como ocelotes devorando su presa. Allá arriba, Armando puede sonreír contento hacia nosotros, miserables peones que sembramos en tierra yerma. Pero también a nosotros nos llegará nuestra hora.

Mino sujetó con fuerza la mano de su papá, mientras pensaba en las marchitas matas de taro del padre Macondo. Y pensó que

así de profundo como Armando se hallaba ahora, debajo de la tierra, seguramente no se le acercarían ni las hormigas ni los escarabajos. Luego se estremeció al pensar en el sapo blanco.

—Papá —cuchicheó Mino—, ¿los sapos son más venenosos que el acetato de etilo?

—Chist —contestó Sebastián Portuguesa, y con sutileza colocó una mano sobre la boca de su hijo.

El padre esparció la tierra y Mamá Esmeralda sollozó. Ella era su abuela, nadie en la aldea sabía quiénes eran o dónde se encontraban los padres de Armando.

El entierro casi había concluido cuando Mino vio una bandada de ibis escarlata volando en dirección al río grande. El doctor había dicho que el veneno del sapo blanco no era tan peligroso, pero que el corazón de Armando se había parado porque Armando había estado profunda, violentamente asustado. Tan asustado que el corazón se detuvo y la sangre dejó de fluir a través de su cuerpo.

—¿Papá, por qué no tienen sangre las mariposas, no tienen tampoco corazón? —Mino seguía sujetando con fuerza la mano de su padre cuando se adentraron bajo los árboles de canela, que todavía despedían su fresco aroma, y rodeaban el cementerio y la pequeña iglesia blanca con sus dos torres.

La casa donde vivían no era grande, estaba ubicada a la orilla del pueblo, junto a un riachuelo donde el agua casi siempre estaba quieta excepto en época de lluvias, cuando solía desbordarse y llegar hasta el umbral de la puerta de la señora Serrata, la vecina más cercana. El abuelo de Mino había construido la casa con barro, paja y troncos, mientras el techo era de láminas onduladas y oxidadas. La casa era una de las más bonitas del pueblo porque Sebastián Portuguesa traía, al menos dos veces al año, cal y pintura de la *venda* del señor Rivera. Mamá entonces hacía brochas grandes y pequeñas con fibra de tarapo, y toda la familia se ponía

a encalar y pintar cantando baladas de Bolívar con textos improvisados. Teófilo, el hermano menor de Mino, aún era demasiado pequeño para pintar, y para evitar que volteara las cubetas con cal o fuera a beber de ellas, lo amarraban al palo de la ropa. Tanto Amanthea, la mamá, como Sefrino, el hermano de cuatro años, y Ana María, la hermana gemela de Mino, participaban gustosamente en el trabajo. Pero la mamá no cantaba; Amanthea Portuguesa no había emitido ni un solo sonido desde hacía más de un año.

Sebastián Portuguesa vivía de preparar y vender mariposas. Tenía un contacto en la capital del distrito, a unos doscientos kilómetros bajando por el río grande, que cada semana recibía un envío con el autobús local. En pequeñas cajas de plástico que le regalaba el señor Rivera, donde anteriormente había golosinas, acomodaba a las bellas mariposas, esas criaturas perfectas que irradiaban colores y patrones increíbles. «Ángeles de la selva», las llamaba el padre de Mino. La paga recibida no era mala, y junto con las cáscaras de coco recolectadas por Ana María y Mino por entre los puestos de la plaza, les permitía mantener el hambre alejada, aunque rara vez hubiera carne o pescado en las cazuelas de Amanthea Portuguesa. Además, tenían un cerdo, siete gallinas y dos *mutum* domésticos, pavos de la selva que cada día engordaban más a base de cáscaras de mandioca y arroz enmohecido.

Mino podía pasar horas sentado al lado de su padre, observando cómo preparaba las mariposas. Nunca se cansaba de estudiar los movimientos que realizaba para lograr que las mariposas se mantuvieran desplegadas sobre las tablas de montaje, sin tocar sus frágiles alas con los dedos. Usaba alfileres, pinzas y papel translúcido para manipular las alas, pero nunca las atravesaba con los alfileres. Antes de comenzar a prepararlas, una larga aguja atravesaba el pecho del insecto, a través del tórax, como su padre le había dicho que se llamaba. Entonces la mariposa era fijada sobre la tabla de montaje y las alas eran desplazadas cuidadosamente hacia arriba hasta la posición correcta. Al final, cuando la

mariposa se encontraba perfectamente recostada, las largas y delgadas antenas eran acomodadas en una simétrica y bella V. Ese era el momento más crítico de la preparación y Mino lo sabía; no se requería mucho para que una antena pudiera quebrarse, lo cual estropearía al insecto por completo, haciendo estallar la ira de su padre. Por eso, cada vez que llegaba el turno de las antenas, Mino contenía la respiración, y si su padre tenía frente a sí una mariposa excepcional, prefería no ver y salía a dar una vuelta por detrás del cobertizo en espera de un gran alboroto proveniente del interior; pero si el silencio se prolongaba, Mino se apresuraba a entrar para sonreírle a su padre, cuyo rostro luciría radiante mientras sostenía la tabla de montaje bajo la luz para que todos pudieran observar la maravilla: ¡una *Pseudolycaena marsyas!*, ¡una *Morpho montezuma!*, o ¡una *Parides perrhebus!* Mino se sabía todos los nombres en latín, le resultaban palabras apasionantes y secretas.

Posteriormente, la mariposa era puesta a secar al menos una semana antes de ser colocada en la caja de plástico con fondo de corcho. Sobre este fondo, el padre de Mino ponía una hoja blanca donde estaban escritos, en la hermosa caligrafía de la madre, el nombre y la familia de la mariposa. La madre era la que más bonito escribía en la familia.

Ni Mino ni su padre recordaban haber visto algo más bello sobre la tierra que una mariposa con las alas extendidas en eterna inmovilidad. En eso ambos estaban de acuerdo.

El padre de Mino les había enseñado a él y a Ana María a leer. Las autoridades habían prometido que pronto vendría un maestro al pueblo, pero aún no había llegado nadie. Mino podía leer con fluidez y en voz alta el libro de las mariposas. Por las noches, antes de que se durmiera, su padre solía sentarse en la cama para contarle historias sobre las cuatro vidas de las mariposas: la vida como huevo, como larva, como crisálida y como mariposa. Por lo regular, la vida como mariposa era la más corta; rara vez pasaba de dos meses, pero se podría considerar que,

a manera de recompensa, una mariposa selvática podía tener vicencias muy particulares durante ese corto tiempo.

La madre de Mino escuchaba desde el marco de la puerta con una melancólica sonrisa, sin que sus labios emitieran un solo sonido. Nadie en el pueblo entendía cómo era que Sebastián Portuguesa había descubierto esto de las mariposas o dónde había adquirido el conocimiento para tratarlas, pero todos estaban de acuerdo en que el señor Portuguesa había encontrado una forma inteligente y respetable de ganarse el sustento, en un lugar donde la pobreza y el desempleo se adherían a la mayoría como la savia más obstinada, imposibles de arrancar. Y ningún amigo de Mino lo provocaba cuando se marchaba a su cotidiana expedición con la red cazamariposas. Era un cazador solitario pero respetado.

—¿Por qué no cortamos los árboles que nos tapan el sol? ¿Por qué no les damos fin a las moscardas con queroseno y fuego? ¿Acaso en este pueblo no tenemos cuello entre los hombros y la cabeza? ¿Acaso no valemos más que las coles que se pudren en sus cajas? Vean el ejemplo del señor Tico: ha montado un filoso *machete* en la punta de su muleta y no deja de apuntar contra el gaznate de Cabura, cada vez que este malnacido se atreve a aparecer por el mercado. ¿Es el señor Tico, que quedó inválido, el único hombre en este pueblo con cuello entre la cabeza y los hombros? Ustedes oyeron lo que dijo el padre Macondo: los poderosos allá arriba, en la fructífera sabana, compran máquinas más grandes que la iglesia, capaces de trabajar más rápido que mil *caboclos*.² Ellos se han apoderado de toda la tierra y ahora también nos quitan el trabajo. Nosotros solo somos coles apestosas, putrefactas, insectos que salimos despavoridos cuando nos han destrozado la cola a pisotones.

² *Caboclo*, «el que viene de la floresta», es el término utilizado en Brasil para designar al mestizo de blanco europeo con indígenas americanos.

El vendedor de cocos que tenía el puesto al lado de la carretilla de Eusebio estaba parado sobre dos cajas de verduras gesticulando salvajemente con los brazos. Su desbordante discurso había despertado júbilo en la plaza antes de que la gente empacara para tomar la siesta. El viejo Eusebio agitó su sombrero, rio con sus encías sin dientes en dirección al sol, sacó una botella de aguardiente blanco y le dio un largo trago antes de pasársela al orador.

—¡Más, Gonzo, más! ¡Que viva Tico el del machete en la muleta!

—¡Bichos de poca monta! —El señor Gonzo tosió debido al aguardiente de caña, pero prosiguió—: ¿Acaso el Gobierno no nos ha prometido trabajo, comida y escuela? ¿Y qué tenemos? ¡Nada! ¡Nuestras casas se hundan más y más en el fango, las paredes se descarapelan y los entramados se pudren! ¡Nuestras tierras están exhaustas y los árboles que recién plantamos están llenos de moho, tienen la corteza verde y no dan ningún fruto, y si encontramos otra área fértil, llegan los poderosos con sus papeles y documentos sellados, y los armeros clavan la boca del rifle entre tus ojos y te llevan encadenado a los hoyos de las ratas en la capital! ¿Qué pasó con el señor Gypez? ¿O con el señor Vázquez y su hijo? ¡Después de haber sido obligados a beber los orines del malnacido Cabura, los subieron a una camioneta y se los llevaron! Siempre es así, y nosotros agachamos nuestras cabezas sin cuello en el fango que se hace más y más hondo con cada temporada de lluvia.

Mino trepó la tapia del cementerio bajo los árboles de canela para poder ver mejor el espectáculo en la plaza. Lucas le hizo segunda, pero antes colocó a su tortuga entre dos piedras de la tapia para resguardarla.

—Es el señor Gonzo, que otra vez anda enojado. Está parado sobre una caja agitando los brazos —murmuró Mino.

—El señor Gonzo no está *enojado*, eso me consta. Apenas ayer me dio una nuez muy buena —dijo Lucas decidido y apretó los ojos para darle seriedad a su afirmación.

—No está enojado con nosotros, sino con el malnacido de Cabura.

—Todos están enojados con el malnacido de Cabura.

—¡Ven! —dijo Mino y saltó de la tapia—. Vamos a colarnos hasta donde está parado el señor Gonzo, tal vez nos dé una nuez si le aplaudimos cuando habla.

Lucas se quedó en la tapia, tenía miedo de que alguien entre la multitud le pisara el dedo hinchado que el gato de la señora Serrata le había mordido.

Mino se escurrió entre los alborotados vendedores de verduras y cocos, hasta quedar cerca de las cajas donde estaba parado el señor Gonzo. Aplaudió efusivamente esperando que el orador le mirara, pero el señor Gonzo, embriagado en su discurso, en su valentía y también por los tragos que con frecuencia tomaba de la botella del desdentado Eusebio, tenía los ojos volcados, bien por encima de Mino, hacia la multitud. El discurso se tornó cada vez más violento.

—¿Qué hacemos con los cerdos que se comen a su propia descendencia? ¿Eh? Claro, afilamos el cuchillo más grande de la cocina para deslizarlo a través de su grasoso gástrico hasta que su pestilente sangre burbujee sobre la tierra, y luego colgamos su cadáver sobre un hormiguero en la profundidad de la selva. ¿No es eso lo que hacemos? ¿Eh? ¡La próxima vez que pase frente al criadero de larvas que Cabura tiene por oficina, voy a escupir un enorme gargajo frente a sus verdes y pestilentes botas militares, luego haré a un lado su carabina y arrancaré uno por uno los venenosos pelos amarillos de su nariz y le diré que no necesitamos lacayos americanos para cuidar la selva que nuestros antepasados trabajaron y convirtieron en tierra fértil!

De repente no hubo nadie que aplaudiera, nadie jaleando y gritando. Un funesto silencio invadió la plaza. El orador observó desconcertado a su alrededor y detuvo la mirada en un punto a la izquierda del plátano, donde la multitud se hizo a un lado y tres

hombres con uniformes de camuflaje color borgoña y dorado, con bandolera y carabinas listas para disparar, entraron marchando en dirección del señor Gonzo, que se había quedado pálido y masticaba inútilmente la nada del aire. Sus ojos se llenaron repentinamente de agua.

Mino se aferró al muslo del vendedor de verduras que tenía más cerca al descubrir quién había llegado: se trataba del mismísimo sargento Felipe Cabura y dos de sus soldados. *Los armeros.*

El señor Gonzo permanecía inmóvil encima de las cajas en una posición que desafiaba la ley de la gravedad y muchas otras leyes de la naturaleza. Los brazos y uno de sus pies se disponían a bajar de las cajas, pero el ángulo de su cuerpo hacía imposible el descenso. Así se mantuvo un instante que posteriormente todos consideraron como una eternidad completa.

Felipe Cabura pateó con tanta fuerza la caja de abajo que el señor Gonzo cayó de espaldas sobre la carretilla de Eusebio, donde quedó recostado entre los cocos verdes con el blanco de los ojos buscando el suave cielo azul. Felipe Cabura se acercó a la carretilla a la carrera, golpeando con la culata de su pesada carabina una nuez y duchando con su grisácea y brillante leche a los aterrorizados espectadores más cercanos.

—Coco fresco —dijo Cabura, y asestó otro rudo golpe con su carabina.

Un coco situado a la izquierda del señor Gonzo fue alcanzado y su agua también salpicó alrededor.

—Otro coco fresco.

El tercer golpe asestado por la carabina del sargento Felipe Cabura dio en la nariz del señor Gonzo y una lluvia de gotas rojas cayó sobre los comerciantes de verduras.

—Coco podrido —dijo Cabura antes de dar la media vuelta y marcharse por donde había llegado junto con sus dos soldados, mientras las delgadas piernas del señor Gonzo sobresalían de la carretilla a trompicones en los espasmos finales de la muerte.

Mino soltó la pierna del verdulero y corrió lo más rápido que pudo; tropezó, cayó, se puso de pie nuevamente y siguió corriendo. No se detuvo hasta llegar a la mesa donde su padre estaba trabajando a la sombra del banano. La madre colgaba ropa en una cuerda a su lado.

—El mal ..., el malnacido de Ca ..., Cabura destrozó la cabeza del señor Gonzo como si fuera un coco —balbuceó Mino jadeante.

Sebastián Portuguesa miró ausente a su hijo, enseguida dejó a un lado la tabla de montaje con una *Anartia* a media preparación, y sentó a Mino en sus piernas.

—Minolito —le dijo.

Tras haber escuchado el relato entrecortado de su hijo, Sebastián Portuguesa se puso de pie y caminó hacia la plaza. Pasadas dos horas estaba de regreso, tomó asiento y hurgó en un plato humeante con soja verde y yuca, condimentado con chile y bayas de pimienta verde, que Ana María puso delante de él. Su esposa, Amanthea, quien había parido cuatro niños sanos y bien formados, estaba parada en el marco de la puerta con la mirada aterrada y clavada en el piso de tierra.

—¿Dónde está Minolito? —preguntó él con la voz quebrada.

—Está jugando con Teófilo y Sefrino detrás del cobertizo —le informó Ana María.

—Esta noche les voy a contar la historia del líder de los obojos y la Mariposa Mimosa —dijo Sebastián Portuguesa.

—Más allá del río grande, detrás de las lejanas colinas, en las entrañas de la *selva*, vivía Tarquentarque, el poderoso cacique de los obojos. Tarquentarque tenía siete esposas y treinta y cuatro hijos, pero ninguna hija. Por ello, todas las noches se sentaba frente a la fogata y bebía enormes jícaras con casabe fermentado que sus esposas y sus incontables hijos le traían sin parar. Al final, su estómago quedaba tan grande y pesado por el casabe que llegaba hasta el suelo, y se lo colgaba a la espalda como un saco cuando

bajaba a la orilla del río a sentarse en un manglar. Ahí podía pasar toda la noche lamentándose, mientras su estómago se mecía en la superficie del agua atrayendo bandadas de pirañas que con avidez intentaban roer un hoyo en el inmenso y seductor vientre. Pero el cacique tenía la piel del estómago tan viscosa y fuerte que los dientes de las pirañas no lograban penetrarla. Así pasó Tarquentar que noche tras noche, sufriendo la pena de no haber tenido ni una sola hija.

Mino parpadeó. La voz de su padre sonaba serena y monótona, y los reconfortantes sonidos del muro de la selva a cien metros de la casa creaban un manto de sosiego y abrigo alrededor de los tres niños que se apretujaban en la ancha cama común. Teófilo tenía su propia caja en una esquina y ya estaba dormido.

Mino cerró los ojos y vio el espantoso rostro del sargento Felipe Cabura mientras golpeaba con la culata sobre la carretilla de Eusebio. Agua de coco y sangre. La imagen se esfumó de repente. La pintoresca descripción hecha por su padre sobre la pena del cacique de la selva y el atractivo aleteante de la Mariposa Mimosa que lo hechizó, se apoderó de la imaginación del seisañero desalojando las dolorosas experiencias del día.

Cuando Sebastián Portuguesa acabó de contar la historia y colocó el mosquitero sobre la cama, observó que su hijo se había deslizado al mundo de los sueños sin ser acompañado de imágenes martirizantes y dolorosas capaces de producirle pesadillas o visiones febriles.

Se volteó a ver a su esposa, quien permanecía parada en el marco de la puerta. Amanthea Portuguesa se había soltado el cabello que llevaba recogido en forma de bola, la cabellera azul negruzco caía sobre sus hombros enmarcando su débil y bello rostro como una corona de sufrimiento sin fin y deseo congelado. Cuando su esposo la tomó entre sus brazos y le acarició la espalda con sutileza, ella movió los labios pronunciando una palabra sin sonido. Ya llevaban así más de un año.

Mino tenía casi nueve años cumplidos la primera vez que escuchó el sonido. Se había internado en un claro dentro de la selva persiguiendo a una hermosa *feronia*, la mariposa color rosa pálido con grandes manchas negras que tiende a descansar sobre las copas de los árboles, una altura imposible para que Mino lograra alcanzarla con su red. Por eso, con la intención de asustarla para hacerla volar y la esperanza de que tal vez aterrizara en algún tronco a menor altura, empezó a lanzarle ramitas.

De repente se detuvo. ¿Qué sonido extraño era ese que había escuchado? Un profundo gruñido crecía y disminuía, mezclándose con los excitados graznidos de las garzas que aleteaban sobre las copas de los árboles. No se trataba de un animal, había sonado como el rugido de una máquina que trabajaba en el cerro de las Magnolias. Mino permaneció escuchando de pie. Sin duda era una máquina, pero ¿qué estaba haciendo una máquina ahí? ¿Cómo había llegado allí? Mino se olvidó de la *feronia* y corrió lo más rápido que pudo hasta el muro del cementerio, donde seguramente encontraría a Lucas y a Pepe molestando a la hormiga reina, siempre ocupada entre las piedras del muro con alguna actividad difícil de explicar.

Lucas y Pepe remoloneaban dando pataditas sentados sobre el muro.

—¡Escuchen! —gritó Mino.

—¿Crees que estamos sordos?

Los tres se pusieron de pie sobre el muro y dirigieron la mirada entre las copas verdes de los árboles hacia el reducido cerro que apenas merecía ser llamado cerro, pero que se distinguía del infinito mar selvático por ser una pequeña elevación donde crecían magnolia y *canforeira*. Una vez al año, cuando soplaba el viento del este, los viejos con tos y flemas se reunían en el pueblo y colocaban sus sillas frente al muro de la iglesia, donde se sentaban con la boca abierta para aspirar el curativo aroma de alcanfor que traía la corriente.

No se veía nada, pero el gruñido aumentaba y disminuía, rítmico y monótono.

—¿Tal vez es un avión que cayó y gime de dolor? —se preguntó Pepe.

Luego llegó la señora Serrata con la falda llena de taro, se detuvo y también lanzó una mirada. Más tarde vino el abuelo del paralítico Drusilla y al final ya había un grupo de adultos y niños reunido en torno al muro de la iglesia, preguntándose por el ruido que de repente había desplazado los otros mil sonidos tan familiares para todos, aunque nadie les prestara atención cotidianamente.

—De seguro es don Edmundo que está probando una máquina infernal para asustarnos —comentó un anciano cuyas palabras sonaron como un quejido. Don Edmundo era el vecino más cercano del pueblo, poseía una enorme propiedad que se extendía desde la fértil sabana hasta el río y un trozo selva adentro en las cercanías del pueblo. Una vez, don Edmundo había aseverado que él también era dueño de la tierra sobre la cual se había edificado el pueblo, provocando un enorme alboroto en el que hoces y machetes fueron afilados. Delegaciones de protesta fueron enviadas a la capital mientras montones de niños y mujeres, llevando consigo cerdos, gallinas y costales con yuca para alimentarse, se instalaron en el lujoso *patio* privado de don Edmundo, donde gritaron y armaron escándalo durante varias noches, hasta que el poderoso ranchero retiró sus desafortunadas palabras y se vio obligado a firmar un documento que el padre Macondo le entregó, donde se especificaba que el terrateniente no poseía ningún derecho sobre la tierra donde se hallaba asentado el pueblo.

Las teorías sobre el misterioso rugido eran muchas y variadas, pero cuando llegó el autobús vespertino a la plaza y se detuvo frente al negocio del señor Rivera, después de haber sufrido doscientos kilómetros de tortuoso camino lleno de fango desde

la capital, Elvira Mucco, la hija del señor Mucco, que sembraba las gardenias más hermosas, relató lo siguiente:

Justo en la curva frente al lodazal, detrás de la piedra grande donde don Edmundo había prohibido inútilmente al señor Rivera y al padre Macondo plantar árboles de caucho, ahora había unas máquinas violentas escupiendo gases y vapor. Una gran parte de la selva alrededor había sido talada y despejada, y pululaban *americanos* con cascos blancos de plástico que gritaban, llevaban cintas métricas, prismáticos y otros extraños utensilios. En medio de todo estaban haciendo un hoyo en la tierra con un tremendo mecanismo que martillaba una barra de hierro, clavándola cada vez más profundo.

Elvira Mucco había visto todo esto mientras el autobús esperaba casi media hora a que retiraran del camino un árbol enorme. Hizo su narración con dificultad, pues había viajado a la capital para que le sacaran todas las muelas que le dolían en la parte superior de la boca. Además, podía agregar, estaban allí los dos hijos de don Edmundo, junto a la primera Lazzo. Se veían bien ridículos con la cara llena de barro y los cascos blancos.

Mucha gente se había reunido en torno al autobús para escuchar a Elvira Mucco. El padre Macondo se retorció las manos a la espalda y estaba muy serio. El señor Rivera pateó una lata, asustando con ella al perro que dormía a la sombra en la escalera de su comercio. Luis Hencator, el chófer de reserva, que solía guardar las formas,, escupió.

—Petróleo —dijo el señor Rivera.

—Petróleo —respondió el padre Macondo.

—Petróleo —se escuchó el murmullo alrededor del autobús.

—Petróleo —dijo Mino golpeando a Lucas en el costado.

El rugido del cerro de las Magnolias prosiguió, la gente se detenía de vez en cuando a escuchar, a echar una mirada hacia lo alto y mover la cabeza en señal de desaprobación.